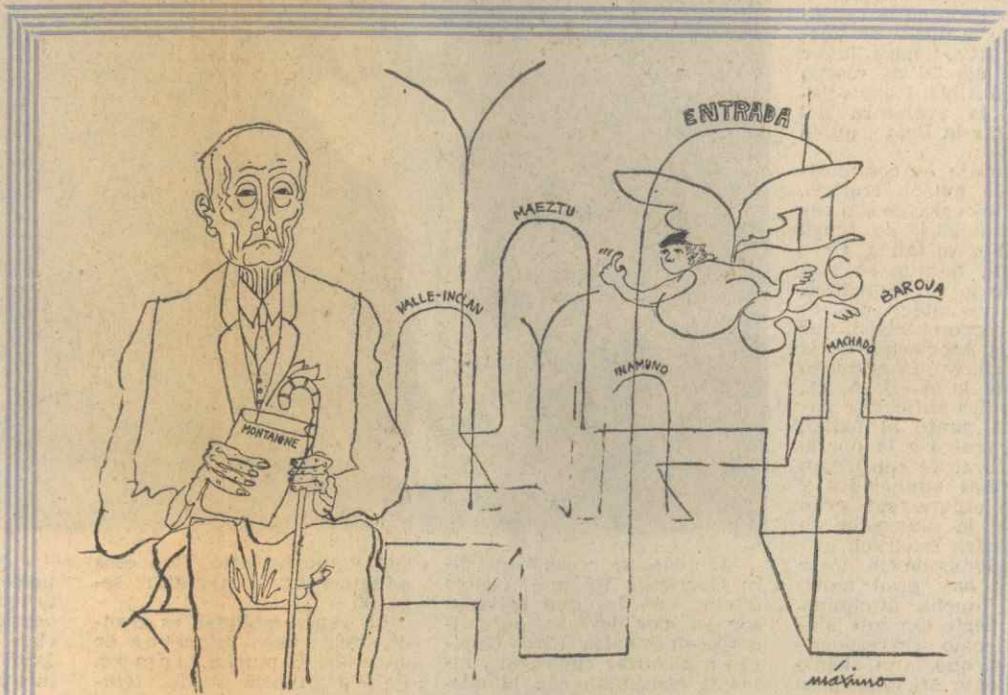


# AZORIN

## EL ULTIMO DEL 98



Azorín



«No me pierdo yo a lo lejos, en ruta hacia lo desconocido, sino que estoy de vuelta. De regreso de todo en la declinación de la vida. De regreso de mis recuerdos; algunos de los cuales he evocado en este libro Madrid. Pero, ¿será este un regreso? ¿No es más bien una marcha hacia el pasado, al que, ineludiblemente, se vuelve en la senectud?» (abril-mayo 1940).

**A**ZORIN trajo al periodismo la prosa ceñida, sobria, y el reportaje moderno. «La ruta de Don Quijote» es eso, reportaje de gran estilo.

Sus reportajes de las

minas de Riotinto tenían un fuerte acento de justicia social. Empezó, como Baroja, un tanto anarquizante; pero poco a poco fué serenándose, y de él pudo decir Antonio Machado años más tarde:

Admirable Azorín, el reaccionario por asco de la greña jacobina; pero tranquilo, varonil, la espada ceñida a la cintura y con santo rencor acicalada, sereno en el umbral de su aventura.

Antes de Azorín el entrevistador español apenas hacia entrevistas más que al

torero, al tenor, al figurón político, a la cupletista famosa; a partir de Azorín,

interesado por los pequeños temas cotidianos, el periodismo empezó a interrogar al labrador, al minero, al herrero de pueblo, al hombre, en fin, que cada día hace anónimamente su trabajo. Azorín era la hormiga que se sentía solidaria de la otra hormiga, ese buen hombre español que nos ofrece su petaca de picadura mientras suspende su labor, el azadón apoyado sobre la rodilla.

Castilla fué cantada por Azorín en prosa de igual

manera que Antonio Machado la cantó en versos. Pero Azorín viajó por todas las regiones de España, y de cada una supo extraer su finísima retina la visión que luego se convertía en pincelada. Justa, exacta pincelada de la prosa azoriniana, tan inconfundible y contagiosa que ha creado escuela. El largo período—tan español y tan hermoso, por otra parte—se convirtió, por la gracia de Azorín, en el párrafo breve diamantino, de rigo verbal y emoción contenida.

Fué devoto de Larra, al que consideró su maestro por haber cultivado el artículo de costumbres, la crítica literaria, la nota política... Político fué Azorín a su modo. Pero, sobre todo, un escritor y periodista de cuerpo entero, que deja en las colecciones de los diarios y en las páginas de sus libros ejemplos magistrales de este arte de escribir para el público.

Con toda emoción y fervor nos descubrimos ante la muerte del maestro, a sus noventa y tres años, en este Madrid, donde a veces hubo de sustentarse, según propia confesión, con un panecillo diario. Pan de cada día que simboliza una profesión.

Angel LAZARO

## AZORIN Y EL TEATRO

Si en el Maestro cabían pasiones —dudoso supuesto, ya que él era claridad, equilibrio, serenidad cartesiana—, una de esas pasiones sería la del teatro. No sólo por las razones de estética combativa y polémica que la movieron a escribir y a estrenar obras tan discutidas como «Old Spain» o «Brandy, mucho brandy» o en colaboración con Muñoz Seca «El Clamor», que levantó quejas y protestas sin número —y sin fundamento—, sino también porque en otras piezas como «La araña en el espejo» o «Doctor D. de 6 a 8» fue el más original continuador de un simbolismo a lo Maeterlinck que con Azorín empieza y termina. Desde su atalaya intelectual de oteador de horizontes literarios y europeos animó a los jóvenes autores españoles a intentar las experiencias del superrealismo y —no lo olvidemos— fue el traductor e introductor de Evreinov y de «La Comedia de la Felicidad», de la que parte toda una corriente de teatro espiritualista, de evasión, de conquista ilusionada, que llega hasta nuestros días y en la que se inscribieron nombres tan notorios como Casón, López Rubio, Claudio de la Torre, Valentín Andrés Álvarez y, en ciertos aspectos de su labor escénica, Calvo Sotelo y Mihura con su «¡Viva lo imposible!». Los artículos, los ensayos, las sugerencias e incitaciones de Azorín, acerca del teatro, completan la labor creadora del magistral escritor para el que no fue ajeno ningún tema fundamental de las letras españolas y universales.

ALFREDO MARQUERIE.

## Azorín, sinceramente

Azorín era el último superviviente de la generación del 98. Nadie podrá denunciar, a esta hora, con facilidad lacrimosa de las necrologías, la más mínima injusticia cometida con el anciano escritor, porque fué uno de los hombres más mimados de nuestro tiempo.

Su historia política, a pesar de las bruscas fluctuaciones, ha merecido, en cada etapa nueva, el respeto de los españoles. Banqueros, hombres de finanzas, el mundo oficial, se ha rendido a sus pies. Muy importante ha sido para la literatura contemporánea la contribución de Azorín. El dió el tijejetazo decisivo al párrafo largo que oxigenó y dió movilidad a la prosa moderna.

Creo en Azorín como periodista renovador, que eso fué. «La ruta de Don Quijote», esa serie de crónicas deliciosas que escribió en 1905 para «El Imparcial», así como las del viaje regio a París y Londres, como enviado especial de «ABC», son los primeros trabajos suyos que dis-

locan ya, para lo sucesivo, el periodismo enchisterado.

Sus crónicas sobre Madrid, minuciosas notas a la acuarela, sentadas ante Castilla; pequeños y expresivos retratos de políticos, de escritores clásicos, de comediantes, son habilidades de dibujante primoroso. Claro que la mentalidad del pintor de caballete es otra y que el genio del escritor no está sólo en el estilo.

En Azorín, el gusto por el idioma, la facilidad de selección y bruñido de los vocablos, esa sensibilidad levantina que hay en sus paisajes, es toda una estética que nos lleva a recordar el certero ensayo de Ortega, titulado «Azorín: primores de lo vulgar». Una cosa es poner correctamente las manos sobre el teclado y otra cosa muy distinta es interpretar con genio una partitura.

Sería muy difícil desentrañar de la obra azoriniana, que se extiende en millares de páginas, el idearium del escritor. En ellas ha dejado pulcritud de estilo orden, elocuentes pausas, vibraciones de

crystal y colores transparentes.

Su pensamiento, la mentalidad que lo impulsó, sus gustos literarios, su conducta humana están muy lejos del temperamento hispánico, de la vertebral arquitectura que lo conforma. Por sus paisajes españoles no pasa el Duero, ni el Tajo, ni el Ebro, sino el Sena.

Pero con todo, Azorín es un eslabón importantísimo, a pesar de la piaga de azoriniana que aún puulan en el ambiente primos hermanos de los imitadores de García Lerca.

La muerte de Azorín me produce una profunda emoción. Era el mito al que nos acercamos para hacer la primera entrevista. Era el último personaje al que le llamábamos maestro, con naturalidad. Era uno de los últimos pulcros, elegantes en el panorama literario.

Si José Martínez Ruiz, el de «Charivarí», tuviera hoy que escribir sobre Azorín, hubiera sido despiadadamente explosivo.

Marino GOMEZ-SANTOS